

nunca había pasado. Decir lo contrario es no querer ver la realidad que está a la vista de manera palpable. La gente ha perdido en toda España la fe y la ilusión en el futuro y para recobrar esa perdida ilusión tendría que haber un cambio muy fuerte, tanto en Madrid como en Barcelona, cosa que no preveo de momento, aunque desearía que se produjera.

—¿El célebre «golpe de timón»?

—Así es, pero que nadie crea que cuando yo hablo del golpe de timón, pienso en un hecho traumático, en un golpe de Estado, ni nada por el estilo. Yo creo que el país necesita una fuerte sacudida que devuelva la confianza a los españoles en que las cosas que se les dicen se van a hacer de verdad: no se puede vivir en un estado permanente de decepción, desconfianza y desilusión. Hay que buscar, como sea, pero pronto, una ambición, un proyecto nacional que haga que los españoles recuperen la confianza en el destino del país y el patriotismo necesario para que este paso a un sistema democrático y pluralista no quede como una victoria pírrica.

—¿No cree posible la recuperación de esa ilusión mediante la buena organización del Estado de las autonomías?

—Con esta Constitución las autonomías no pueden tener un éxito que sacuda al país. Actualmente, no hay ningún ente autonómico que represente a la gran mayoría de su propio país y durante un tiempo habría que comprometer a la gente en torno a una idea central, destinada a construir la España que todos deseamos... Me asusta un poco este quietismo, este fatalismo español que renace una vez más: hay que hacer algo...

Así no nos salvaremos

—Algo, ¿pero qué?

—Hay que tener el patriotismo y el valor de saber



Suárez no pudo respetar su acuerdo conmigo sobre las autonomías por la ambición de autogobierno de las regiones y la política irreflexiva de algunos

rectificar para ir al encuentro de una fórmula que sirva para sacar a España de este estado de ánimo. En España hay personas que hablan demasiado y otras que hablan muy poco, algunas que son conocidas por todas partes y otras que no se dejan conocer, y hay que saber escuchar, hay que saber explicar y, sobre todo,

hay que saber ganarse la confianza del país con obras positivas. La gente quiere y necesita saber qué pasa, por ejemplo, en el País Vasco... Alguien debe explicarlo.

—Pero, mientras tanto...
—Mientras tanto, si no hay unidad en España, en Cataluña, en el País Vasco, en todo el país, no nos salvamos... Con 17 Parlamen-

tos, 17 Gobiernos, 17 Policías autónomas, millares y millares de funcionarios y de atribuciones, con todo este maremágnum, sin tener una estructura federal, francamente quisiera equivocarme, pero no creo que podamos salir adelante.

Y conste que no soy federalista, ni lo he sido nunca; si acaso soy federalista de Europa: el federalismo en España sería un error. El otro día una personalidad castellana política muy importante, hablando de la autonomía de Castilla-La Mancha, me decía: «La gente que realmente quiere la autonomía en mi provincia cabe toda en un autobús y sobran plazas...»

Todos somos culpables

—Va a parecerles a algunos, señor Tarradellas, que usted está contra las autonomías y se ha dejado ganar por el pesimismo...

—De ninguna manera: ni lo uno ni lo otro; pero me parece que unas autonomías administrativas o unas mancomunidades de provincias podrían haber sido mejor solución que este maremágnum en que estamos inmersos ahora... Hemos corrido demasiado y las cosas no marchan como debieran y de ello todos somos culpables; tanto el Estado como los ciudadanos. Mire qué lección nos ha dado Galicia. Por otro lado, los partidos políticos tienen que pensar más en el país que en ellos mismos.

«Soy un ciudadano catalán y español apasionadamente preocupado por el país, con la serenidad suficiente para darme cuenta de que las cosas podían ir mejor y que se sepa de una vez que nunca voy a formar un partido político; pueden estar seguros.» Estas fueron las palabras finales de Josep Tarradellas. Y yo me las creo. Ha sabido hacer honor a su palabra siempre y no tiene por qué cambiar ahora.



GRITOS Y SUSURROS

José Luis Gutiérrez

Santiago y cierra el PCE

PUES bien, puede decirse que Santiago Carrillo, a pesar de la inmensa crisis que se le viene encima, contempla los recientes acontecimientos del congreso de los comunistas catalanes con preocupado optimismo. ¿Que cómo puede ser esto? Pues, sencillamente, porque la actual situación refuerza su postura en el interior del partido, aparte de que el nuevo secretario general catalán, Francesc Frutos, le resulta a Santiago bastante más cómodo que su antecesor Antoni Gutiérrez, «El Gutí», totalmente alineado con la contestación «euro» a Santiago Carrillo.

Aunque hay que matizar que las etiquetas de «euro», «leninistas» y «pro soviéticos» adolecen en muchos casos de cierta precipitación y esquematismo, inevitables por otra parte en esta bendita tarea de hacer periódicos, con la hora de cierre a las diez de la noche. Por ejemplo, entre los llamados leninistas catalanes hay numerosos dirigentes de convicción y pasado inequívocamente democráticos, como el escritor Manuel Vázquez Montalbán, el periodista Andre Claret y muchos otros. Y en bastantes casos, el término leninista no quiere decir pro soviético, sino todo lo contrario. Como por ejemplo el de Joaquín Sempere —marido o ex marido (según están estas cosas, que cambian de un día para otro, nunca se sabe) de la escritora Mònica Roig—, defensor del leninismo en el IX Congreso del PCE y que, sin embargo, allá por los primeros años de la década de los setenta sufrió un duro varapalo desde la revista soviética «Tiempo Nuevo» en respuesta a unos textos publicados por Sempere en la publicación teórica del PCE «Nuestra Bandera», firmados con el seudónimo de E. Martí.

PERO estábamos en cómo Carrillo trata de beneficiarse personalmente de los sucesos catalanes del partido. De momento, está intentando que todos cierren filas a su alrededor, y crear así una dialéctica de carrillistas contra anticarrillistas, metiendo en este segundo saco a la oposición «euro». Así, para aplastar a sus oponentes, a Carrillo le será más fácil enarbolarse la bandera del antisovietismo que la de represor de críticos. Todo lo que sea criticar a Carrillo —según esta tesis— será hacerle el juego a los pro soviéticos y Santiago es ciertamente hábil a la hora de jugar con etiquetas, clichés y estereotipos.

Y, sin embargo, los eurocomunistas —encabezados por Tamames, aunque de forma más o menos discreta ya se han alineado otros dirigentes, como Pilar Brabo e incluso el propio Manuel Azcárate— consideran que el problema de Carrillo es que su actitud y métodos son mucho más estalinistas que los de cualquiera de los llamados «leninistas», como Paco Frutos. Por estalinistas entendemos el uso arbitrario y personalista del poder omnímodo y el aplastamiento indiscriminado de cualquier disidencia. Si una de las razones de la derrota de los «euro» en Cataluña ha sido la aglutinación de todos los descontentos contra Carrillo —que impuso a machamartillo el término eurocomunismo y el abandono del leninismo— en torno a los actuales dirigentes, Santiago reaccionará contra ello saliendo en defensa de las tesis eurocomunistas. Véase, si no, el comunicado del comité ejecutivo (editorial).

Al igual que los dirigentes del Partido Comunista de la U.R.S.S. —que prefieren «peces» débiles, pero incondicionales, como el de Uruguay, Argentina o Alemania occidental, a partidos fuertes, pero críticos— Santiago actúa con el mismo criterio, y gusta de rodearse de mediocres incondicionales y rechaza a los valores más brillantes (los famosos «picos de oro»), según estiman sus críticos eurocomunistas. Al igual que prefiere un partido débil, pero fiel, como el asturiano, a otro vigoroso, pero problemático como el PSUC.

FINALMENTE, digamos, que en la reunión de ayer del comité ejecutivo del PCE, dos catalanes de la tendencia derrotada «euro», El Gutí y Solé Tura, traían propuestas diferentes. El Gutí consideraba que se debía emitir un comunicado matizado y relativamente suave, mientras Solé era partidario de que el ejecutivo elaborara un texto enérgico y de clara defensa de las tesis eurocomunistas. La postura de Solé salió, obviamente, triunfante.

Considera necesarios acuerdos con fuerzas afines

UCD no gobernará con el PSOE

La ponencia de estrategia política de UCD considera necesarios los acuerdos con fuerzas políticas afines en el Parlamento, a la vez que rechaza «un Gobierno de concentración» entre las dos fuerzas políticas principales.

La ponencia que define la estrategia política a seguir por el partido del Gobierno a partir de su próximo congreso de Palma de Mallorca, ha sido elaborada por el secretario general, Rafael Calvo Ortega, a partir de los documentos preparados por Antonio Fontán, Luis Gámir y Sánchez Terán.

Esta ponencia, que será adoptada formalmente en la reunión que la ejecutiva comunista celebrará maña-

de información, de medios para que se establezca una red de comunicaciones del partido.

Los «críticos»

Lo más interesante de la ponencia es la actitud de UCD con respecto a pactos con otras fuerzas políticas: «Estima que la mayoría relativa en el Parlamento español hace necesarios acuerdos con las fuerzas políticas más afines, con objeto de garantizar el funcionamiento del Estado. Ello implica que UCD no cree en la necesidad de un Gobierno de concentración entre las dos fuerzas políticas principales, salvo situa-

ciones claramente excepcionales.»

Por otra parte, ayer se reunieron, en el despacho de Landelino Lavilla, los dirigentes del sector «críticos» de UCD. Además del presidente del congreso, estuvieron Fernando Álvarez de Miranda, Antonio Fontán, Oscar Alzaga, Herrero de Miñón, e Ignacio Camuñas.

Estos valoraron muy positivamente las declaraciones de Landelino Lavilla a DIARIO 16, analizaron el avance del documento de los doscientos y decidieron hacer una campaña por provincias en las vísperas del congreso centrista.